

## 10° Capítulo del Abad General M-G. Lepori OCist para el CFM – 04.09.2014

“Tú me has robado el corazón,  
hermana mía, esposa,  
¡tú me has robado el corazón  
con una sola de tus miradas!” (Ct 4,9).

La tarde del día en el que esta palabra me agarró en el Calvario, por decirlo de alguna forma, podía pasar una noche en un eremitorio en el Jardín de Getsemaní. En cierto sentido hacía el Viacrucis al revés, aún más, toda la vida de Jesús al revés. Porque desde allí fue después a Belén, después a Nazaret. Pero ahora podía recorrer la vida de Cristo desde dentro de aquella extrema confesión de su Corazón a mi corazón, que, en el fondo, es una confesión de extremada fragilidad, no solo física, como veremos, sino que diría también afectiva. ¡Qué vulnerabilidad la de este Corazón divino que se deja coger por una sola mirada! Y es la mirada, no lo olvidemos, que ha mendigado a la paloma escondida en la hendidura de la roca. Cristo mendiga de nosotros lo que le coge el Corazón, es decir, que roba de Él la fuente de su vida. ¡Lo que perdió Adán por no salir rápidamente de detrás de su escondite para mirar cara a cara al Señor que lo buscaba! ¡Lo que nos perdemos escondiéndonos detrás de puertas cerradas, detrás de las macetas de Marta, detrás de cualesquiera riquezas a las que nos atamos!

Como expresa perfectamente el salmo 61:

"Descansa sólo en Dios, alma mía,  
porque él es mi esperanza;  
sólo él es mi roca y mi salvación,  
mi alcázar: no vacilaré De Dios viene mi salvación y mi gloria,  
él es mi roca firme,  
Dios es mi refugio. [Ya no tiene sentido esconderse, desconfiar de Dios, cuando se descubre que Él es un refugio para el alma infinitamente más seguro que nuestros escondites, que nuestras hendiduras en la roca]  
Pueblo suyo, confiad en él,  
desahogad ante él vuestro corazón,  
que Dios es nuestro refugio. [¡Abrid las puertas del corazón a Cristo que llama! Y cuando Cristo entra en nuestro corazón, estamos en Dios, entramos en el refugio que es Dios para nosotros. Quien permite a Cristo estar en Él, se encuentra morando él mismo en Cristo].  
Los hombres no son más que un soplo,  
los nobles son apariencia [todos escondidos, como nuestro padre Adán, detrás de algo, todos no estando verdaderamente en presencia de Dios, no correspondiendo al Dios que viene, que nos busca]  
todos juntos en la balanza subirían  
más leves que un soplo.  
No confiéis en la opresión,  
no pongáis ilusiones en el robo;

y aunque crezcan vuestras riquezas,  
no les deis el corazón." [Es decir, lo que traiciona la pobreza no es la riqueza, sino lo que ata nuestro corazón, hecho solo para el Señor, es decir, buscar en ella, o en la violencia, o en el robo, nuestro refugio, como lo que nos protege y salva]  
(Sal 61,6-11).

Es esta justamente la experiencia que Jesús nos propone y ofrece para hacer verdadera nuestra vida.

En Getsemaní estaba en un eremitorio en medio de los olivos, y tenía delante Jerusalén, con todo su esplendor, primero a la puesta del sol, después durante la noche y finalmente al amanecer. Podía recorrer con la mirada el camino que Jesús hizo desde el Cenáculo hasta allí y después, una vez traicionado y arrestado, desde allí hasta la casa del sumo sacerdote. También tenía delante de mí todo el drama de la Jerusalén de hoy, de las tensiones y hostilidades entre las religiones, las confesiones, entre pueblos y culturas... Me llegaban, con los potentes amplificadores, las oraciones de los musulmanes, y de los hebreos, o el repique de las campanas, las sirenas de las ambulancias y de la policía, el rumor de los coches, de las motos, de los aviones...

Me había preparado para rezar, meditar, sobre todo la Pasión... Y tenía tantas personas por las que rezar, tantas "agonías" que poner en la de Cristo. Pero no podía quitarme de la cabeza y del corazón aquella única palabra: "Tú me has robado el corazón, hermana mía, esposa, tú me has robado el corazón con una sola de tus miradas".

El Esposo del Cantar repite por dos veces "Tú me has cogido el corazón", como para impulsar una continua repetición. Y era lo que sentía dentro de mí, junto con toda la ternura que el Esposo expresa. "Hermana mía, esposa": Todos los niveles de familiaridad, de amistad, de parentesco, tanto de sangre como de afecto. Y después lo que quizá me resonaba más dentro era: "con una sola de tus miradas". ¡Una sola! Basta una, una mísera mirada, quizá incluso distraída, como de bestia preparada para huir, como de paloma que saca un poco fuera la cabecita para retirarla inmediatamente si se sienta amenazada. Le basta una mirada a Cristo para darnos su Corazón, es decir, ¡todo! ¡Todo lo suyo y todo lo que tiene su Corazón en comunión con el Padre en el Espíritu! Le basta una mirada, y durante aquella noche me di cuenta que me debía bastar también a mí, que no debía pedirme más, o mejor. Basta un sencillo instante de atención a Él, todo por Él, y Él responde con el don de su Corazón. Me lo deja, me lo da, y qué puedo hacer yo con el Corazón de Cristo sino vivir con Él, es decir, dejarlo vivir en mí, amar en mí, rezar en mí, incluso gozar y sufrir en mí.

Entonces comprendí que esta única mirada es y debería ser la tarea y el testimonio de la vida monástica en la Iglesia. La unidad que el término "monje" reclama etimológicamente debería ser referida a la consagración de una vida a la búsqueda y al ejercicio de esta "única mirada" que roba el Corazón de Cristo.

Una sola mirada no quiere decir solamente que a Cristo le basta la mirada de un instante. Debe significar también que, si esta es la condición del don del Corazón de Dios a la humanidad, toda la vida debería expresar esta mirada, pues para algo tan grande y precioso vale la pena sacrificar toda la vida, la búsqueda y el empeño de toda la vida. Y cada vez me doy más cuenta que la verdadera crisis del mundo monástico de hoy en día no es tanto la de las vocaciones, las de las observancias, la de la ascesis, sino precisamente la del descuido de esta tarea esencial, contemplativa, de ofrecer a Cristo la mirada que Le basta, y ofrecer de esta manera a la Iglesia, a la humanidad, al mundo, el Corazón de Dios que salva, ama, reza, goza y sufre en todos y por todos.

Es en este sentido en el que decía que hoy es urgente reencontrar la mística, la que para san Benito, san Bernardo, santa Lutgarda, santa Gertrudis, etc., etc., – sólo por poner ejemplos de nuestra "familia monástica", pero se podría extender a todos los carismas – era verdaderamente el centro de la vocación, de la atención, del deseo, no solo cuando oraban en soledad, sino también en todos los ámbitos de la vida comunitaria, e, incluso, cuando estaban en el mundo años enteros, como san Bernardo, ocupándose de todo y de todos, incluso de la política.